

Los opositores radicales a Yrigoyen

Por Ana Virginia Persello[□]

(CIUNR- UNR)

Resumen

El texto recupera algunas trayectorias de dirigentes radicales provinciales que se caracterizaron por organizar movimientos locales y militar en las filas del antipersonalismo aun cuando, identitariamente, muchos de ellos participaban de la tradición de pensamiento inaugurada por Yrigoyen y ejercían liderazgos personalistas. La intención es mostrar que la lectura de la historia del partido basada en la existencia de dos corrientes, una popular y plebiscitaria y otra liberal-conservadora, no se aviene con las fracturas y cismas que se dieron a nivel de la organización y que la identidad radical está atravesada por esa tensión.

Palabras clave: Radicalismo – Antipersonalismo – Identidad - Organización

Summary:

This paper revises some career of radical leaders who organized local movements and were member actives of the *antipersonalismo* even when, many of them, participated in the school of thoughts that Yrigoyen had inaugurated and practiced *personalistas* leaderships. My aim is to show that the party history's lecture based on the existence of two tendencies, one popular and plebiscitarian and the other, liberal-conservative, does not coincides with the fractures and splits of the organization and this tension defines the radical identity.

Key words: Radical party – Antipersonalismo – Identity - Organization

[□] Investigadora del Consejo de Investigaciones de la UNR (CIUNR), Doctora en Historia (UBA). Docente titular de Historia Argentina III de la Carrera de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. Publicó varios libros sobre historia del radicalismo: *El radicalismo en crisis, 1930-1943*, Ed. Fundación Ross, Rosario, 1996; *El partido radical. Gobierno y oposición, 1916-1943*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004; *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2007.

En sus orígenes, la Unión Cívica Radical reconocía su razón de ser en la superación de los gobiernos personales y arbitrarios. Su primer presidente, Leandro N. Alem, fue uno de los pocos que en los años 90 reivindicaba la necesidad de formar partidos políticos como parte de la consolidación del gobierno representativo, y la carta orgánica de 1892 estableció que la organización debía ser impersonal y tener un programa. A partir de allí, el radicalismo se consolidó como partido, aunque el liderazgo de Yrigoyen -que supuso la identificación del radicalismo con la nación y con su líder, portador de un mandato histórico y apóstol de una causa-, y la renuncia a sancionar un programa que aportara definiciones concretas frente a problemas puntuales tensionaron las premisas iniciales. Sin embargo, las dos tradiciones de pensamiento, la de Alem y la de Yrigoyen, persistieron y formaron parte de la identidad radical. La causa no anuló al partido.

Aunque, de hecho, el retorno a Alem estuvo en la base de la explicación de la primera ruptura de la UCR en 1923, que adquirió carácter cismático y que se fundó en la imposición de la unanimidad y el incondicionalismo como reglas de la disciplina partidaria, la ausencia de programa y una práctica de gobierno que avasallaba las instituciones, la nueva agrupación que surgió invocando el impersonalismo internalizó también los liderazgos personalistas.

Los lencinistas mendocinos, los bloquistas de San Juan, los seguidores de Vera en Tucumán, los de Joaquín Castellanos en Salta, los de Benjamín Villafañe en Jujuy, los principistas y los verdaderos riojanos, movimientos provinciales ya constituidos como tales, después que Alvear asumió la presidencia, en 1922, formaron parte de esa ruptura que devino en un nuevo partido: el antipersonalismo. Lo que los unificaba era el antiyrigoyenismo.

El lencinismo mendocino se constituyó como tendencia en los orígenes mismos del radicalismo. Cuando se produjo la división de la Unión Cívica en 1891, Agustín Alvarez, el educador y publicista, presidió la UCR que contaba entre sus miembros a otros intelectuales como Julián Barraquero, militares y clérigos. José Néstor Lencinas militaba en sus filas acaudillando al Club Cívico de los Artesanos. Las disidencias entre ambos grupos estuvieron presentes desde el momento mismo de la constitución del partido y Alem avaló a Lencinas¹. Este se identificaría con los años con la “causa” yrigoyenista consolidándose como el líder de los sectores populares. Participó de la revolución radical de 1905 en Mendoza y presidió el comité provincial desde 1906. En 1918 su triunfo en las elecciones de gobernador fue contundente. Falleció en 1920. A partir de allí, el lencinismo ocupó el gobierno provincial sin terminar ningún mandato. Carlos W. Lencinas asumió el poder en 1922, fue intervenido en 1924 y en las elecciones de 1926 triunfó otro lencinista, el bodeguero Alejandro Orfila, cuyo gobierno fue interrumpido en 1928 por una nueva intervención. Los Lencinas sostuvieron los postulados y participaron del mismo estilo político del yrigoyenismo. Antepusieron la legislación social y los planteos igualitarios a la defensa de las libertades y garantías individuales y descalificaron a sus adversarios basados en el derecho de las mayorías a gobernar. Y estos últimos – dentro y fuera del radicalismo- los calificaron de demagogos que avasallaban las instituciones. La relación del lencinismo con el partido siempre fue compleja. Cuando se produjo la división a nivel nacional, la cúpula partidaria decidió su adhesión al antipersonalismo sin contar con el apoyo pleno de sus bases.

En San Juan, el radicalismo se dividió en 1918 cuando los hermanos Federico y Aldo Cantoni constituyeron la fracción intransigente que en 1922 pasó a llamarse bloquismo. La provincia fue intervenida en octubre de 1919 y, al año siguiente, el radical Amable Jones asumió el gobierno con el apoyo de Yrigoyen y la oposición de los intransigentes quienes a poco andar lo acusaron de arrasar con el poder legislativo, sojuzgar a los jueces, suprimir los gobiernos municipales, avasallar a la prensa y perseguir a los

¹ Lacoste, Pablo (1990). *Hegemonía y poder en el Oeste argentino/1*, Buenos Aires: CEAL.

opositores. En 1921 el gobernador fue asesinado y a Federico Cantoni se lo acusó de ser el instigador de lo que en adelante se conoció como el “crimen de La Rinconada”. Este episodio fue considerado una revolución por sus partidarios, rebelión contra una dictadura, estallido de la violencia de los oprimidos. Se trataba para ellos de un tiranicidio y no de un asesinato. En 1923, Aldo Cantoni, que estaba detenido, fue elegido gobernador. Como en Mendoza, los gobernadores bloquistas (Federico, entre 1923 y 1925 y Aldo, entre 1926 y 1928) fueron desalojados por intervenciones federales. En 1927, la reforma de la constitución provincial estableció la supresión del senado, incorporó el voto femenino y el de los extranjeros en los municipios aunque suprimió la representación de las minorías. En cuanto a la legislación social, estableció el salario mínimo con relación al costo de vida, la jornada de ocho horas, un régimen de seguro contra la enfermedad, la vejez y la invalidez, el amparo a la maternidad, la niñez y la viudez, el fomento de la construcción de viviendas higiénicas con aporte estatal, la reglamentación de los sindicatos y el fomento del cooperativismo. Los radicales personalistas la atacaron considerando que era sectaria en la medida en que se sustentaba en un concepto anacrónico de la lucha de clases. El argumento central era que el bloquismo manipulaba desde el poder a la clase trabajadora y la encaminaba al odio. Los bloquistas, como sus pares lencinistas, eran colocados por sus opositores internos en el lugar de la barbarie y caracterizados como una secta política que practicaba como sistema de gobierno el exterminio de sus adversarios, montonera sin ley, manifestación acabada de la demagogia y la incultura política.

En Tucumán el radicalismo llegó al poder en 1917 y, como en el resto de las provincias, se dividió y subdividió. A la oposición al primer gobernador radical, Juan Bautista Bascary, se sumaron miembros de su mismo grupo —el radical rojo—, liderados por Octaviano Vera, quien había ingresado al partido en 1912 y en 1918 había ocupado simultáneamente una banca en la legislatura provincial y en la cámara de diputados nacional. En 1920, Vera presentó su candidatura a gobernador apoyado por Vicente Gallo, entonces senador nacional, y por el grupo azul. En la campaña electoral adoptó como símbolo la alpargata, distintivo que usaban lencinistas y bloquistas. Una vez en el gobierno, la intención de fijar una ley de salario mínimo y la de gravar impositivamente la molienda azucarera lo enfrentaron con los industriales; el conflicto se trasladó a la legislatura y el gobernador la clausuró. En ese momento, el verismo había decidido su adhesión al antipersonalismo. Frente al conflicto de poderes, José N. Matienzo, en ese momento ministro del interior de Alvear, le pidió que reconsiderara su actitud y Vicente Gallo lo instó a deponer sus conflictos con los industriales azucareros que representaban una importante fuerza económica, eran un factor de progreso para la provincia y que, además, habían costado su campaña. Finalmente, en 1923, Vera, abandonado por los antipersonalistas, fue desalojado por una intervención federal.

En La Rioja, dos agrupaciones, los principistas y los verdaderos, se definieron antipersonalistas. Los primeros, liderados por Francisco Baigorri (farmacéutico y químico) y José López González (abogado), habían elaborado un programa que proponía, entre otras cosas, sancionar leyes antilatfundistas, de fomento de las cooperativas de producción y consumo, reconocer a los sindicatos y la jornada laboral de ocho horas. Se manifestaban, además, contrarios a todos los personalismos. Daniel Bausch dirigía a los segundos. Había sido electo gobernador en 1918 con el apoyo del vicepresidente, Pelagio Luna, pero las resistencias de Yrigoyen hicieron que la reunión del colegio electoral quedara en suspenso y la provincia siguiera intervenida hasta 1920, año en que murió Luna y Benjamín Rincón, un veterano dirigente conservador convertido a la “causa”, asumió la gobernación. Fue a partir de entonces que Bausch se opuso a Yrigoyen y cuando se constituyó el antipersonalismo a nivel nacional pasó a militar en sus filas. De hecho, principistas y verdaderos estaban divididos en el ámbito local. Los segundos cuestionaban de los primeros su acercamiento con el lencinismo y el bloquismo.

Joaquín Castellanos militaba en el radicalismo liderado por Alem, se alejó en la etapa de la abstención y volvió antes de que el partido llegara al gobierno. Fue electo diputado nacional por la Capital Federal en 1914 y en 1916 presentó un proyecto de reforma

constitucional que incluía la elección directa de los senadores y la reducción de su mandato a seis años para, según planteaba, ajustar el diseño institucional evitando, de ese modo, prácticas viciosas y gobiernos electores. Manifestaba en la fundamentación que la intención de su iniciativa era que el radicalismo se preservara de sí mismo depurando las reglas. Nunca aceptó de buen grado el liderazgo de Yrigoyen en el partido y cuando éste asumió el gobierno militó en las filas del antipresidencialismo. Ocupó el ejecutivo de Salta en 1919 apoyado por los radicales nacionalistas y resistido por los intransigentes, liderados por José Saravia. Su defensa de las instituciones no le impidió clausurar la legislatura aduciendo el sistemático ausentismo y obstruccionismo de la oposición. Una intervención nacional lo desalojó del poder en 1921. En 1922 estuvo entre los organizadores del partido principista y desde la tribuna asimiló el gobierno de Yrigoyen al de Rosas, a su criterio, ambos personales y arbitrarios; lo asoció al unicato de Juárez y al absolutismo de Roca.

Benjamín Villafañe no era, como Castellanos, un radical de los que había estado en el Parque. A principios de siglo militaba en el Partido Provincial Jujeño e ingresó a la UCR después de 1912 para participar, según expresaba, del saneamiento de la administración y las instituciones. La marcha del gobierno lo puso rápidamente en la oposición y el combate a Yrigoyen constituyó la materia prima de buena parte de sus innumerables libros. En *El último dictador*, publicado en 1922, definió a la democracia como el gobierno de los mejores. Yrigoyen ignoraba el talento y la capacidad a la hora de elegir a sus colaboradores o dispensar empleos, seleccionaba “a la inversa”; y en ese sentido Roca tenía a su favor haber formado su círculo dentro de las “clases cultas”, mientras Yrigoyen lo hacía en el “bajo fondo”, entre los elementos de comité. Asumió el gobierno de Jujuy en 1924 sumando los votos de la Concentración Cívica y frente a la acusación de “contubernio” sostuvo que sin esa alianza, a la que consideraba patriótica, no hubiera obtenido el voto de los ingenios –“no teníamos plata ni votos suficientes para imponernos solos”-. Entendía que la intransigencia era producto de almas e inteligencias estrechas y que defenderla implicaba detentar el poder como propiedad de derecho exclusivo. Cuestionaba la ingerencia de los comités en la administración pública pero aceptaba que los ingenios, que costeaban las dos terceras partes de los gastos provinciales y que habían llevado el peso de la campaña electoral, indicaran a las personas que debían ocupar determinados puestos que les garantizaran el respeto de sus derechos. En cuanto a los radicales, a los adversarios no le otorgaría cargos pero los amigos estarían al “abrigo del presupuesto”. Como legislador, se opuso en algunas ocasiones a las iniciativas del gobierno como la decisión de expropiar azúcar para venderla a bajo precio. Los yrigoyenistas, entonces, asociaron su posición con el hecho de que era procurador de la Compañía Azucarera Leach y lo vincularon con los intereses de la Standard Oil Company de la que ésta era subsidiaria. Desde 1920 bregaba por constituir una liga de gobernadores del norte para defender las economías regionales y las autonomías provinciales conculcadas por el presidente. En 1926 materializó su propósito en la Conferencia de Gobernadores que nucleaba a los mandatarios del norte con el objetivo de diagnosticar los problemas económicos de la región y se enmarcaba en la prédica sostenida por Alejandro Bunge desde la *Revista de Economía Argentina*. La Conferencia se sumaba al reclamo de las corporaciones por una política nacionalista de defensa de la producción industrial y cuando se reunió por segunda vez, en 1927, contó con la presencia de Bunge, del presidente de la UIA, Luis Colombo, la de A. Méndez Casariego, miembro de la CACIP y la del coronel José M. Picabea en representación de la Liga Patriótica. Para ese entonces, Villafañe, aunque permanecía en el antipersonalismo, ya formaba parte de la legión de decepcionados por el sufragio universal. Después del golpe de 1930 adhirió al uriburismo, formó en las filas de la Legión de Mayo y en las de la Legión Cívica.

De hecho, los bloquistas y lencinistas, los principistas riojanos y los seguidores de Vera en Tucumán compartían el “solidarismo” y el estilo yrigoyenista, ejercían liderazgos personalistas, utilizaban como símbolo la alpargata y reivindicaban la voluntad popular como fuente del poder. Su ruptura con Yrigoyen se produjo en el transcurso de su primer gobierno por la preservación del espacio local. Castellanos, en cambio, siempre militó en las filas del anti-yrigoyenismo. Y, finalmente, Villafañe, que llegó al partido cuando se abrió la posibilidad de participar de la contienda electoral, mantuvo vínculos privilegiados con los sectores conservadores de

su provincia. Los yrigoyenistas colocaron a Lencinas, Cantoni y Vera en el lugar de los “traidores” a la causa en la medida que reconocían su pertenencia a ella, al igual que los conservadores –que compartían con los antipersonalistas la intención de frenar el avance de Yrigoyen- tuvieron dificultades para asumirlos como aliados en tanto representaban la barbarie, a diferencia de lo que ocurrió con Castellanos o con Villafañe.

¿Podría afirmarse que todos ellos participaban identitariamente de una tradición más representativa que participativa; más liberal y menos plebiscitaria, cuya traducción en las provincias en las que tuvieron u obtendrían el poder implicaba la preponderancia del gobierno de la ley por sobre el gobierno de los hombres? ¿O afirmar que organizativamente, en el ámbito local, descansaban en el respeto a los estatutos y la impersonalización del poder, tal como las historias del radicalismo intentarían señalar y tal como los oradores proclamaban desde las tribunas para oponerse al “estilo” yrigoyenista?. La recuperación de las características de estas agrupaciones provinciales muestra su heterogeneidad y las dificultades para subsumirlas en el denominador común de lo que habitualmente se asoció al antipersonalismo. Sus disputas con el personalismo en la mayoría de los casos no pueden ser explicadas a partir de las tradiciones de pensamiento en las que se inscriben ni por el modelo de orden social que defienden, ni por su inscripción temprana o tardía en el partido que definiría sus trayectorias sino por el modo en que se produjo la disputa por el poder.

La UCR Antipersonalista se creó reivindicando el impersonalismo, tendencia inscripta en los orígenes del partido y demandó, ni bien iniciado el gobierno de Yrigoyen, de un amplio arco de dirigentes y militantes. Sin embargo, buena parte de sus cuadros, tal el caso de los movimientos provinciales que recuperamos en este texto, estaban lejos de practicarlo en los ámbitos locales en los que actuaban y de sustentarlo en el plano del discurso. En todo caso, las lecturas posteriores del fenómeno radical que asumieron que la UCR Antipersonalista había sido una reacción contra un gobierno “personal y despótico” basada en la reivindicación del gobierno de la ley, tributario del pensamiento liberal de Alem, lo hicieron basándose en figuras como José Nicolás Matienzo o Tomás Le Breton que, con Alvear, ocuparon ministerios y se propusieron ajenos a todo personalismo. Lo cierto es que el nuevo partido reunió a antiyrigoyenistas, que no necesariamente eran antipersonalistas.

La UCR Antipersonalista nunca dejó de ser un partido minoritario y escasamente orgánico. En los años 30, después de la reunificación presidida por Marcelo T. de Alvear, persistió en algunos núcleos provinciales, fuertes, sobre todo, en la provincia de Santa Fe, donde frente a la ausencia de otros sectores concordancistas, llevó al poder, intervención mediante, a gobernadores de esta tendencia y aportó ministros al Ejecutivo Nacional. Bloquistas y lencinistas fluctuaron entre el acercamiento y la autonomía a las estructuras partidarias. Benjamín Villafañe se sumó a los nacionalistas. Algunos dirigentes antipersonalistas engrosaron, más tarde, las filas del peronismo –conducta que también siguieron militantes del yrigoyenismo- y otros se diluyeron en el amplio arco conservador.